



# HABANASTATION

## o cómo diluirse subrepticamente

Por ISBEL DÍAZ TORRES

Esta nueva película cubana resulta un alivio para los ricos de la Isla. Cuando tengan cargo de conciencia, ya saben que basta con regalar, o simplemente prestar, un PLAYSTATION a un niño pobre. El filme de Ian Padrón fue un éxito durante este verano en Cuba, y estoy seguro que lo será mucho más cuando salga a la arena internacional. Ha comenzado ya con el premio a la mejor película de ficción del festival *Traverse City*, en Michigan, Estados Unidos; y por supuesto que no se detendrá ahí. La historia no ofrece una versión edulcorada de la realidad, sino que expone varias de las contradicciones que marcan la actualidad de la Isla, y lo hace de manera sincera y directa. No podría esperarse menos de un realizador de la talla de Ian Padrón. El filme abre muchas miradas, algunas subversivas, aunque otras, ciertamente, amaestradoras.

El tema de la pobreza y sobre todo la desigualdad —que lacera la línea de flotación misma del contrato social cubano— logra ser visibilizado en la cinta. Ello es un logro innegable, pues se trata de un discurso que aún no está legitimado como “políticamente correcto”, aún cuando la revista *Temas*, o libros como *Familia y pobreza en Cuba* (2010) de María del Carmen Zabala Argüelles, y *Desarrollo, desigualdad y políticas sociales* (2010), Mayra Espina Prieto, amén de otras investigaciones anteriores o en curso, estén abriendo el camino para lograr un debate que trascienda el terreno de lo académico.

En los debates que el director del filme estuvo promoviendo durante la primera semana de estreno, en la capitalina sala Chaplín, se reveló que los dos niños protagonistas de la historia encarnan al mismo Ian Padrón y a un

desconocido Carlos Roque, vecino del barrio La Timba. Ese detalle resulta importante para el análisis de la obra, y habrá que agradecerse a la honestidad del mismo director. Podemos imaginar entonces cómo, en la vida real, mientras el afamado Juan Padrón, autor del personaje Elpidio Valdés, llevaba en auto a su hijo a la escuela, Carlos Roque hacía la caminata diaria, pues era solo un niño pobre que vivía en una barriada desfavorecida de La Habana. Por la edad del director, que es justamente la mía (35 años), eso debía estar ocurriendo en Cuba allá por los finales de los 80 y principios de los 90, a despecho de un imaginario (y en buena medida realidad) de clase media baja (e incluso alta para algunos tipos de consumo) que había logrado hacerse hegemónico en Cuba.

Las contradicciones entre un niño rico y otro pobre, siempre silenciadas en los medios cubanos, existen desde

hace décadas en la Cuba socialista (y antes, por supuesto). Por encima del uniforme “uniformador”, siempre se ha podido descubrir a los hijitos de mamá y de papá, los más limpios, los de plumones más exóticos, los de libros forrados con revistas desconocidas o papeles de texturas mágicas, los de mochilas y zapatos impecables. En fin, que no se está descubriendo el agua tibia con el filme... pero se está diciendo que el agua está tibia.

Los escandalosos privilegios de determinados grupos sociales, minoritarios, siempre han molestado a un pueblo pobre como el cubano, pero cultivado en un profundo sentido de justicia. Y es importante aclarar que no me refiero a la violencia homogenizadora, ni al igualitarismo cosmético de los discursos, sino a esa elemental igualdad de derechos y oportunidades deseable, que está en la base de todas las luchas de todos los pueblos de la historia.



Si la película, aún dirigida a un público preferentemente infantil y juvenil, en el tono que quisiera, hubiera decidido abordar el tema de las desigualdades con un poco más de responsabilidad, hubiera tenido mi aplauso más allá de otros criterios estéticos. Sin embargo, debo confesar que una lectura apenas un poco más profunda, me hizo sentir una verdadera preocupación por la irresponsabilidad que puede derivarse de un filme como *Habanastation*.

Una de las primeras cosas que me molestó fue que se escogiera para encarnar al padre rico a un jazzista exitoso. Cualquiera sabe que la gente en Cuba privilegia a sus músicos y deportistas. Los debates sobre el auto de Sotomayor, o de los músicos de los Van Van, forman parte de los mitos populares. Por supuesto que reflejan desigualdades injustas, pero la gente lo tolera. Lo que sí no tolera son los privilegios, secretos a voces, de un grupo de militares de la Isla, por ejemplo, de algunos altos dirigentes del Estado cubano, o de ex-militares convertidos en empresarios del turismo. Eso sí hubiera sido responsable reflejarlo, aunque, por supuesto, el director es siempre libre de dibujar la historia que prefiera.

Y que conste, no considero a Ian Padrón falto de valentía para asumir ese reto; todo lo contrario. Su polémico y excelente documental *Fuera de liga* (2004) es una credencial más que suficiente para respetarlo y admirarlo. También audiovisuales como "Eso que anda" y "Luis Carbonell: después de tanto tiempo" hablan muy bien del gusto del cineasta por la cultura popular. El problema es más complejo que eso. El reto estriba en que la presentación de un conflicto no debiera resultar nunca una herramienta de naturalización de la injusticia. Por otra parte, resulta muy salvable dentro del largometraje el contraste entre las engomadas y obtusas alocuciones del director de la escuela, y el ritual del matutino y las consignas "por los pobres del mundo", que ofrece una criticidad y una sátira amarga y brutal al *establishment* criollo y su discurso retrógrado.

El verdadero conflicto de la película comienza cuando, después de un glamoroso y feliz Primero de Mayo, los avatares llevan al niño rico (Mayito) hasta un barrio pobre habanero. En La Tinta (remedo del barrio La Timba)

descubre una realidad totalmente ajena a la suya. Por cierto, no solo él la descubre, también los espectadores del Chaplin se asombraron que muchos cubanos vivieran aún en semejantes condiciones de insalubridad. A veces me pregunto dónde vive la gente. Carlitos, la contraparte del acomodado pionero vanguardia, es un mulato indisciplinado que se pelea en la escuela y que no asistió al desfile en la Plaza. Tenía que ir a buscar el gas para su cocina, pues su padre está en la cárcel y su madre ha muerto.

Debo confesar que el dibujo de este personaje me gustó mucho. Era poseedor de esa dureza y dignidad que otorga el trabajo. Ya el controversial Silvio Rodríguez había dicho: "Tener no es signo de malvado / y no tener tampoco es prueba / de que acompañe la virtud; / pero el que nace bien parado, / en procurarse lo que anhela / no tiene que invertir salud."

La nobleza de Carlitos, aunque un tanto inverosímil, resulta conmovedora, al igual que su desprecio por los "niños de papá". Nunca ha jugado con un PLAYSTATION, y su sueño infantil es empinar un coronel. Para eso recoge, limpia y vende botellas de cristal. "Un coronel son como 300 botellas", dice, y aún le faltan muchas por coleccionar. No es difícil imaginar que la historia trata sobre la transformación humana en el otro, el niño rico, quien mágicamente logra destrozarse su egoísmo en un día, gracias a los influjos éticos del niño pobre. Eso no estaría tan mal si la historia, además, no castrara la rabia del pobre. El filme llama a una tolerancia mutua que paraliza a los individuos desfavorecidos, mientras los privilegiados continúan su desarrollo económico y su "exitosa" carrera social.

En el debate posterior a la proyección, en la sala cinematográfica, un joven estudiante de psicología, emocionado por la belleza de la película, lo dijo con total exactitud: "A pesar de las diferencias de clase, la armonía puede prevalecer". Para colmo, Ian Padrón responde que "hay muchas formas para que un niño sea feliz", lo cual es cierto dentro del discurso del respeto a las diferencias, pero totalmente paralizante en la arena de las luchas reivindicativas.

Días después pudimos leer, para asombro nuestro, en las páginas digi-

tales de *La Jiribilla* correspondientes al 30 de julio de 2011, el comentario de P. A. Fonseca "*Habanastation*: Una película para emocionarse", que ofrece sentencias como esta:

"Habanastation viene a llenar un espacio en la cinematografía nacional de los últimos tiempos. A pesar de la crisis global, el cine es entretenimiento, risa, optimismo, rescate de los mejores sentimientos que no han estado presentes en la gran mayoría de los filmes recién exhibidos, algunos muy buenos pero lo único que logran es deprimir al espectador".

Qué cosa tan terrible. Gran trabajo han pasado los artistas cubanos para poder denunciar esas diferencias, y ahora, cuando lo hacen, es para lograr la simple aceptación de estas, todo en pos de la risa, el entretenimiento, la armonía. ¿No deprimamos al espectador? ¿No les recuerda eso a cierto llamado al optimismo que hizo metástasis en nuestras artes durante el quinquenio gris del siglo pasado? Lo que verdaderamente logra deprimir es que un periodista escriba cosas como esas.

Repito, es la naturalización de la injusticia, anestesiar la rebeldía. Para corroborar lo que digo, lean estas palabras que sobre la película publicaron en el sitio oficial *Cubadebate* bajo el título "*Habanastation*: una película de culto":

"Pero a partir de ahí los niños forjan, en las pocas horas de un día, una entrañable amistad, una amistad que en principio tiene asperezas, es decir, tiene límites. Asperezas y límites que subrepticamente se van diluyendo. Ora porque los niños son capaces de tales sutilezas. Ora porque en La Habana -en Cuba- las cosas suceden de ese modo tan, digamos, anticartesiano, tan inexplicable".

No me parece que los niños habaneros sean demasiado diferentes a los niños de cualquier parte del mundo, más allá de las naturales diferencias que marcan las circunstancias. Por otro lado, el elemento más creíble y disfrutable del personaje de Carlitos es precisamente su desdén inicial por el "burguesito bienportado", ese modo de sentirse superior al menos en el entorno de su barrio marginal, y que "subrepticamente se va diluyendo" para dejarse comprar por un juguete electrónico de última generación.



Más adelante el texto de *Cubadebate* continúa sus loas al impacto desmovilizador de la cinta: “Y porque no se trata de un duelo. Se trata, a todas luces, de una conciliación. Una película que interpreta, expone, sugiere, no juzga, no impone, no opina”.

Para terminar diciendo: “Y nuestro destino, o, si se prefiere, nuestro porvenir, son esos dos muchachos, su hermosa aniquilación de extremos -la supresión de circunstancias-, para quedar perpetuados bajo la lluvia, hundidos, paradójicamente, en el vórtice, en la más implacable inocencia”.

Los dos niños se hacen amigos y terminan felices, para emoción de toda la sala. Un *happy end* peligroso por lo que entraña de conformista, como bien apuntó Rolando Pérez Betancourt en su columna del periódico *Granma*. Aun cuando las élites y parte de la población estén legitimando un abandono del pacto solidario de la Revolución en aras de un capitalismo de timbiriche (donde el primer sector juega con las ilusiones del segundo) ello no significa que desean que este tema salga a la luz... quieren convencernos de que hay ricos

y que eso no es malo, pero no quieren que recordemos demasiado cuán pobre somos.

No pienso que la exacerbación de los odios entre las personas de clases sociales diferentes sea un método loable para alcanzar nada. Ni siquiera soy de los que piensa que ese es el único móvil que activa a las personas y sus relaciones con los otros. También creo en la fuerza poderosa del amor y la amistad. En lo que definitivamente no creo es que sea oportuno truncar rebeldías, miradas críticas activas, capaces de autotransformarse y transformar su entorno. Y pareciera que justamente eso se propone el filme de Ian Padrón... o al menos eso logra.

A todo ello habría que agregar que ni siquiera se trata de un problema de este filme. La obra viene a ser el *spot* publicitario de hacia dónde se dirige la nación cubana, que históricamente se percibió a sí misma como faro de rebeldía y alternativas. Una lenta, pero definitiva estratificación de la sociedad cubana en clases es presentada como proceso inevitable y natural. Las decisiones gubernamentales y las mismas

lógicas diarias de la Isla parecieran estar abriendo ligeros resquicios en sus ventanas para dar paso a depredaciones sociales, económicas, humanas y ecológicas de todo tipo. Las maneras de hacerlo son muy parecidas a las de la hegemonía global del consumo, donde unas inocentes pastillas para dormir, promocionadas en la televisión cargan en sí, de manera simbólica, toda la lógica capitalista. Ahora pudieran venir hasta en forma de candorosa película infantil.

La lectura simplista del filme arroja un saldo equilibrado al final: ambos niños salen ganando, pues gana la amistad. Pero yo, desde la sospecha, veo que el rico agregó a sus riquezas materiales los valores espirituales de la amistad, el desinterés, la solidaridad, la valentía. ¿El pobre? El pobre se ganó un PLAYSTATION III y la certeza de que los ricos son buena gente.



**Nota del autor:** Agradezco al amigo Armando Chaguaceda la lectura crítica de este texto, así como sus comentarios y aportes puntuales al mismo.